

Simón Castillo y Claudia Deichler.
El Mercado Central de Santiago. Historia visual,
consumo y patrimonio urbano (1872-1984).
Ril Editores, 2019, 124 pp.

El libro *El Mercado Central de Santiago, Historia visual, consumo y patrimonio urbano (1872-1984)* aborda la trayectoria de este tradicional recinto, incursionando en sus inicios, su consolidación como espacio de encuentro y su actual valoración como patrimonio histórico. Se trata de un trabajo interdisciplinar realizado por Claudia Deichler y Simón Castillo, quienes realizan un análisis desde el encuentro de la historia, el urbanismo y el patrimonio. Como resultado, se perfila la relación del Mercado con la ciudad, con las formas de consumo y alimentación de la población capitalina y la conformación de un patrimonio que se niega a desaparecer.

El Mercado Central, con sus 149 años de vida, ha sido un testigo mudo de los cambios que la ciudad y la sociedad chilena ha experimentado a lo largo de más de un siglo. Es un lugar donde confluyen hasta nuestros

días, sujetas y sujetos históricos, tradiciones, sabores y saberes. Deichler y Castillo plantean que, a partir de su inauguración en 1872, se generó una modernización respecto a otras plazas de abastos de la época y que la presencia del Mercado contribuyó a la identidad del barrio Mapocho, sector donde se emplazó el edificio.

Pese a sus destacados atributos, no es hasta mediados del siglo pasado que comenzó una paulatina valorización social y académica del recinto, reflejada en parte en su declaratoria como Monumento Histórico en 1984. En paralelo, se desmunicipalizó el edificio (1983) y se vendieron los locales a sus arrendatarios.

El análisis histórico se desarrolla consignando elementos de la historia social, donde predomina el interés por los sujetos que habitaron y transitaron el Mercado, sus formas de consumo y la historia urbana. Esta última, en tanto

campo epistemológico, es relativamente reciente y se consolida durante la década de 1980 con el creciente interés por la patrimonialización a nivel nacional e internacional promovido por la UNESCO, en términos de conservación y restauración. En este sentido, el texto nos invita a percibir la ciudad, y en particular el Mercado Central, como sujeto histórico portador de una identidad propia.

Uno de los elementos más meritorios de este trabajo, es que pone a disposición de los lectores fuentes documentales como prensa de época, crónicas, fotografías y mapas. Resulta fascinante poder observar con detalle acucioso cómo la cotidianidad de las distintas épocas del pasado de Santiago cobra vida a través de las nítidas imágenes que los autores han seleccionado cuidadosamente. En ellas es posible reconocer los aspectos icónicos de la arquitectura que caracteriza al Mercado, pero también los rostros de aquellos personajes que formaron parte fundamental de esta cotidianidad, tanto dentro como fuera del edificio.

El libro se encuentra organizado en cinco apartados que abarcan de manera cronológica las características del edificio en sus diferentes etapas y su entorno urbano y social. El primero de ellos identifica y analiza los principales antecedentes históricos del Mercado Central, sus orígenes y el lugar escogido para su emplazamiento, que corresponde a la manzana donde

antiguamente funcionó la “plaza de abastos” de Santiago, sector donde se desarrolló el comercio popular. Posteriormente, se aborda el periodo de construcción del edificio, así como también los debates higienistas y modernizadores que reforzaron la idea de la creación de un edificio moderno, pero por sobre todo higiénico. La forma en que los higienistas veían la ciudad del siglo XIX fue crucial para la legitimación del urbanismo como una nueva disciplina. La falta de higiene en la ciudad llevó a los círculos médicos a apropiarse y reelaborar un discurso basado en la medicina social, bajo los preceptos de la prevención, el orden y la limpieza.

La posterior apertura e inclusión del urbanismo en el discurso higienista, posibilitó la entrada de otros sectores de la sociedad en el debate: el término higiene va dejando su lugar a términos como saneamiento y salubridad, más cercanos al campo de la ingeniería y la arquitectura, en donde la ingeniería de saneamiento se desarrolla en la escala de la ciudad, y la salubridad en la de la vivienda. Esto se puede ver reflejado en las discusiones que llevan a la construcción del Mercado y la decisión de utilizar una estructura metálica como base, traída desde Gran Bretaña. El Mercado rápidamente, se convirtió en un símbolo de las reformas urbanas que el entonces intendente Vicuña Mackenna estaba realizando en todo Santiago y que cambiaron el paisaje urbano del sector, aportando

con una arquitectura “completamente novedosa en el contexto santiaguino” (30).

En un tercer apartado los autores se encargan de transportarnos a aquellos elementos que conforman la esencia del Mercado: los sabores, aromas y personajes que moraban el lugar. La muchedumbre llegaba a diario hasta el recinto para encontrar verduras, frutas, pescados y mariscos, carnes, legumbres, huevos, chocolates, empanadas, mote con huesillo y tantos otros. Lo interesante del análisis propuesto por los autores, es que logra esbozar la relación entre la modernización de la ciudad y las prácticas de consumo y alimentación. En este sentido, la creación del Mercado Central significó un cambio en la ingesta de la población de Santiago, pues antes de su creación, era poco frecuente encontrar algunos alimentos como pescados y mariscos, los que se incorporaron paulatinamente en la dieta de los consumidores.

Seguramente, un día común en el Mercado de principios del siglo XX no dista mucho de lo que fue hace un par de décadas: un caos especiado de apetecibles productos y un brioso gentío, tanto dentro como fuera del edificio. A raíz de ello, en 1934 se intentó eliminar infructuosamente el comercio informal, a través de un Reglamento que prohibía toda comercialización efectuada por “reclamistas, propagandistas, charlatanes, etc.” (52). Nuevamente, el discurso higienista y modernizador de

la época estuvo orientado a hacer del mercado un espacio ordenado, salubre y regulado en el cual las multitudes no tenían cabida, menos aun cuando la expansión de la teoría científica al campo de lo moral y lo social, designaba a las clases subalternas como causantes de los males de la salud y la decadencia moral de la sociedad.

A comienzos de la década de 1930 el Mercado intentó ser demolido para dar paso a un edificio más acorde a los tiempos o un “Mercado modelo”. Así quedó expresado en la prensa local, que para 1934 sindicaba al recinto como una mancha que afeaba el prestigio de la ciudad y donde las tareas se desarrollaban en medio de la suciedad. A este hecho se sumó el considerable aumento de precios que experimentó el Mercado durante esta época, lo que lo alejó completamente de su ideario original de convertirse en el principal centro de abastos de la ciudad.

En 1945, se presentan nuevos intentos por demoler el inmueble. Deichler y Castillo señalan que, si bien el Mercado destacaba por su centralidad y variedad de productos, no lo hacía por su arquitectura (86). Esta representación del Mercado como un espacio descuidado y sin cualidades, se fortaleció en las décadas venideras con la consolidación de la arquitectura moderna en el país.

Finalmente, el texto busca dar un cierre a la problemática de décadas pasadas, valorando el Mercado

como parte importante de una época de cambios. Dicho periodo estuvo marcado por la contradicción entre un nuevo interés por la vida cotidiana del lugar y todo lo relacionado con el encanto propio de este recinto, y su estado de evidente deterioro. En 1972, la conmemoración de sus cien años pasó casi inadvertida debido al clima político del país, mientras que la década de 1980 dejó al descubierto el lamentable estado del inmueble. Todas estas situaciones llevaron a su desmunicipalización en 1981, en el contexto de la liberalización de la economía y la privatización en Chile (103). Lo rescatable de este proceso es que en 1983 el edificio fue remodelado y vendido a sus arrendatarios y un año más tarde, fue declarado Monumento Histórico.

Sin duda, se trata de una investigación atinente en concordancia con los enclaves y las discusiones actuales sobre el patrimonio y la ciudad, donde se ha cuestionado el concepto elitista de un

patrimonio que parece permanecer en manos de unos pocos, invisibilizando espacios y lugares que la ciudadanía ha considerado históricamente como propios. Por otra parte, la alimentación ha cobrado una relevancia central en el contexto de pandemia sanitaria y de crisis social que enfrenta actualmente el país. Las ollas comunes han regresado junto con focos de desnutrición y malnutrición infantil, trayendo a la memoria imágenes de décadas pasadas que creíamos olvidadas. Es entonces, menester resignificar y revitalizar los espacios que, como el Mercado Central, se han convertido en lugar de encuentros, esencias y tradiciones forjadas al ritmo del propio devenir de la historia del país.

MG. XAVIERA SALGADO
FERRUFINO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BARCELONA
CHILE